

Donatistas. Pero sobresale entre todos en esta polémica religiosa Vigilio, obispo de Tapso. Sus numerosas obras de controversia están en forma de diálogos. El interlocutor es san Agustín ó san Atanasio, cuyos dos nombres, tan preciosos para la Iglesia de África, parecen consagrar con la autoridad de su ingenio las verdades de la fe contra el arrianismo, el maniqueísmo y el eutiquianismo, representados por sus autores mismos, á quienes introduce Vigilio en sus escritos, haciéndoles sostener sus errores con los argumentos mismos que los hicieron tan populares. El estilo del obispo de Tapso es grave, sencillo, claro y natural; su doctrina, pura; con sólidas razones y pruebas incontestables sienta la fe, apoyándose en la Escritura y los santos Padres. Se resuelven las objeciones de los herejes con maravillosa sagacidad y facilidad. Sus *Diálogos* contra Arrio, Sabelio y Fotino, y sus cinco *Libros contra Eutiques* son muy notables.

6. La herejía de este último, que á la sazón agitaba al Oriente, daba mayor interés de actualidad á las obras compuestas contra Eutiques. El emperador Zenon habia admitido á su familiaridad, muy al principio de su reinado, á un monje impostor, llamado Pedro Fulon, ó *el Batanero*, por su antiguo oficio. Pedro Fulon profesaba abiertamente el eutiquianismo, no reconociendo en Cristo sino una sola naturaleza. Para esparcir con mayor facilidad su error entre los Griegos, hizo añadir al Trisagio estas palabras: *Vos que habeis sido crucificado por nos, tened piedad de nosotros*, atribuyendo así la Pasion á las tres personas de la Santísima Trinidad, en virtud de la unidad de naturaleza, que solo reconocia en Jesucristo. Con el favor de Zenon, este monje apóstata llegó á apoderarse de la silla patriarcal de Antioquía. Pero las reclamaciones de Genadio, patriarca de Constantinopla, y otros obispos católicos, hicieron abrir los ojos á Zenon, que deportó á Pedro Fulon en el desierto de la Tebáida. Pero los acontecimientos le habian de volver á llamar muy pronto. Zenon, poco seguro en su trono, que no sabia defender contra sus enemigos exteriores ni contra las intrigas palaciegas de su interior, fué despo-

jado de su autoridad soberana por Basilisco, su cuñado. Refugiándose á una fortaleza de la Capadocia, en donde habia fiado su cetro y vida en algunos soldados fieles, dejó que el usurpador gozase de un triunfo que no podia durar. Basilisco inauguró su poder efímero, haciendo volver á Alejandría á Timoteo Eluro, confinado veinte años hacia en el Quersoneso Táurico. Apareció pues en Constantinopla el matador de Proterio, ufano con la proteccion de un príncipe usurpador. A su llegada á esta capital se retiró el patriarca católico de Antioquía, Timoteo Solofaciola, y se metió en un monasterio de Canope, cuya regla habia profesado antes. Pedro Fulon se volvió á Antioquía por orden de Basilisco, y ejerció la autoridad patriarcal, ordenando obispos para las sillas de la provincia, y propagando con todo empeño los errores de Eutiques. En el entretanto se manifestaron en el seno mismo de Constantinopla las mas vivas resistencias á los abusos de poder de parte de Basilisco; porque este emperador, aventurero, que parecia haber formado empeño en perturbar toda la Iglesia de Oriente, publicó un edicto mandando á todos los obispos y sacerdotes, bajo pena de deposicion, anatematizasen al concilio Calcedonense. Acacio, obispo de Constantinopla, se negó valerosamente á suscribir á tan impío decreto, y para mostrar á los fieles el peligro que corria su fe, se despojó de sus ornamentos pontificales, se vistió de luto y cubrió con un velo negro el altar y el solio patriarcal. ¡Ojalá hubiese conservado siempre este magnánimo celo por la verdadera fe! Los sacerdotes y abades de los monasterios vecinos se agruparon en torno de su obispo; y en union con ellos escribió al papa san Simplicio informándole del triste estado de la Iglesia en el Oriente. El romano Pontífice, vistas coyunturas tan críticas, multiplicó su celo y esfuerzos. Dirigió simultáneamente cartas á Basilisco, á los patriarcas del Oriente, á los sacerdotes y arquimandritas de Constantinopla (año 476). Exhorta al emperador á seguir las huellas de Marciano, que tan digno recuerdo habia dejado en la Iglesia; á arrojar de las sillas de Antioquía y Alejandría á los apóstatas que las habian usur-

pado, y á proteger la fe católica contra los errores de Eutiques. Insertó en su carta otra de las de san Leon, su antecesor, en la cual se explica tan explícita como admirablemente el misterio de la Encarnacion : « porque, dice el papa, la regla » de la doctrina católica es siempre la misma en los sucesores » de aquel á quien el Señor habia encomendado su rebaño, » y á quien prometió su inmortal asistencia *hasta la consumación de los siglos.* » — En su epístola á Acacio, Simplicio le encarga que como legado suyo en la corte de Constantinopla, solicite del emperador con las mayores instancias el destierro de Timoteo Eluro, y emplee toda su influencia para impedir la celebracion de un nuevo concilio de que se susurraba mucho en Oriente. La causa de Eutiques se habia juzgado definitivamente en Calcedonia, y no habia sino hacer ejecutar lisa y llanamente la sentencia. El papa anima á los sacerdotes y arquimandritas, ó abades de los monasterios, á resistir á los esfuerzos é intenciones de los herejes, y les transmite copia de la carta que remite al emperador.

7. Acacio, viéndose tan apoyado por el soberano Pontífice, no se descuidó en cumplir las instrucciones que habia recibido. Recurrió á san Daniel Estilita, cuya piedad y eminentes virtudes habian llenado de asombro y cautivado las poblaciones, y le hizo saber el peligro en que se hallaban la Iglesia y la fe. Basilisco, temeroso de la impresion que causaria y del daño que haria á su autoridad una decision, una acusacion formal venida de lo alto de la columna desde donde el piadoso solitario predicaba tan elocuentemente á las muchedumbres con la santidad en su vida, le envió oficiales de su corte quejándose de la que él llamaba *insolencia* de Acacio, á quien acusaba de revolver la capital contra su persona. Daniel hizo responder al emperador que su reinado iba á ser destruido en castigo de su impiedad, y que el brazo del Señor descargaba ya sobre su cabeza. El santo anciano, cediendo por fin á las vivas instancias de Acacio, creyó poder seguir el ejemplo de san Antonio, el cual en análogas circunstancias habia ido á Alejandría por sostener la causa de la fe. Vino pues á Cons-

tantinopla, en cuyo pueblo causó tal emocion su presencia, que Basilisco juzgó prudente abandonar la capital por sustraerse á la efervescencia popular. Desde el palacio donde se habia refugiado, en uno de los barrios de la ciudad, envió emisarios á Daniel, el cual no quiso recibirlos. Vino pues el mismo usurpador en persona, creyendo atraérsele con esta muestra de deferencia. Daniel le reprendió públicamente sus faltas y añadió : « Muy pronto descargará sobre tí la mano de ese Dios » que abate á los potentados inicuos. » No tardó mucho en cumplirse este pronóstico; porque Zenon, confinado á la sazón en la Isauria, recibió muy en breve testimonios inequívocos de adhesion de parte de muchos senadores influyentes, á quienes exasperaba la tiranía de Basilisco. Contando con su apoyo, se puso al frente de un ejército que engrosaba á medida que se iba adelantando contra el enemigo : Isauros, Licaonios y muchedumbre de soldados pagados, se dirigian hácia Constantinopla. Basilisco, tan bajamente cobarde en la adversidad como habia sido insolente en la victoria, marchó al saber esto á la iglesia de Santa Sofia, en donde por decreto formal se retractó de todo cuanto habia hecho, anuló la ordenanza hecha á favor de Timoteo Eluro y de Pedro Fulon, pronunció anatemas contra Nestorio y Eutiques, y por fin reconoció al concilio Calcedonense, que hasta entonces habia desechado. Pero todo esto en vano, por ser sobrado tarde. Los soldados de Tracia, que él habia reunido á las tropas de palacio para combatir contra Zenon, despues de una sangrienta refriega bajo los muros de Nicea, se volvieron á favor de este príncipe, el cual pudo de este modo entrar triunfante en Constantinopla el año 477. Basilisco, desterrado á la Capadocia, murió allí de hambre. El primer paso de Zenon fué ir con la emperatriz á visitar al santo solitario Daniel, á cuyas oraciones atribuyó su victorioso regreso. Escribió al papa Simplicio, manifestándole su deseo de acabar con la herejía de Eutiques, de observar el decreto del concilio Calcedonense sobre este particular, y de restablecer á Solofaciola en el trono de Alejandría, y en efecto, anuló todas las ordenanzas

y decretos injustos de Basilisco contra la fe y los obispos católicos. Fué depuesto Pedro Fulon, y reemplazado en Antioquía por Estéban, fervoroso católico. Lo mismo se hizo con Pablo de Éfeso, y Timoteo Solofaciola fué restablecido en la silla de Alejandría. Se dice que el usurpador Eluro se suicidó: y los obispos herejes eligieron en su lugar á Pedro Monge, el Tartamudo, arcediano de Timoteo Eluro, esperando por este medio perpetuar el cisma de Alejandría. Pero Zenon no les dejó tiempo ni lugar para ello, porque por orden suya fué desterrado Pedro Monge. Los esfuerzos del emperador por mantener la fe católica en las principales sillas de Oriente produjeron una violenta reaccion de parte de los herejes. En Antioquía fué asesinado por un motin popular san Estéban, patriarca legítimo, que habia sido puesto en lugar de Pedro Fulon, y su santo cadáver, despues de haber sido arrastrado por las calles, fué echado al rio Oronte. Zenon mandó castigar severamente á los autores de tamaño atentado, y aun hubiera sido mas general el castigo ejemplar sin los ruegos de los mas principales ciudadanos, que le suplicaron el perdon, que otorgó en efecto el emperador. Estéban el Joven fué elegido y consagrado por Acacio en Constantinopla, como patriarca de Antioquía. Esta ordenacion era contraria á las reglas canónicas; porque debió de hacerse en Antioquía misma por los obispos de Siria reunidos. Para alcanzar la validez de este acto, el emperador y Acacio se dirigieron al papa Simplicio. Insistian en sus cartas sobre la urgente necesidad de obrar así y de pasar por cima de las prescripciones canónicas para restablecer la paz en Antioquía. San Simplicio acogió bien estas razones, y en una carta al emperador de 22 de junio de 479 se explica así: «Pues que habeis creido no poder apagar las sediciones de Antioquía sino ordenando para esta ciudad un obispo en Constantinopla, reservando empero en lo futuro á la asamblea de los obispos de Oriente la ordenacion del obispo de Antioquía, el apóstol san Pedro recibe vuestra promesa y vuestro juramento, á fin de que este acto excepcional no pueda alegarse en lo sucesivo como estable-

» ciente de un derecho. » En semejantes términos escribió el papa á Acacio, obispo de Constantinopla.

8. Restablecida la paz en las iglesias de Oriente, nada omitió Zenon durante los dos primeros años siguientes para llevar á cabo este resultado: es justicia que se debe á este emperador. Mas ni la prudencia, ni la energía, ni una tenaz consecuencia, en una palabra, ninguna de las cualidades que forman un príncipe grande, estaban reunidas en Zenon á la rectitud de intencion, cualidad que poseia en alto grado. Bajo la influencia de Acacio no tardó en destruir su propia obra, y en contribuir á que se diese su nombre á un edicto famoso, causa de infinitas divisiones en la Iglesia. Las primeras discusiones comenzaron á la muerte de Timoteo Solofaciola, patriarca de Alejandría, en 482. Los obispos, clero y monjes de esta ciudad eligieron por su legítimo sucesor á Juan Talaya, sacerdote celoso, cuya virtud y talentos se habian granjeado el amor de Solofaciola, que le habia encargado de la administracion temporal de su iglesia. Juan Talaya escribió inmediatamente al papa san Simplicio para recibir cartas de comunión, y al propio tiempo dirigió una circular á los obispos de las grandes sillas de Oriente notificándoles su promocion. Acacio de Constantinopla, por un concurso de circunstancias fortuitas, no recibió la carta circular de Talaya sino despues de haber sabido por vías indirectas su ordenacion. Este retraso involuntario en la entrega ó recibimiento de las cartas sinodales bastó para indisponer á Acacio contra Juan Talaya: se resolvió pues á servirse de su influencia con el emperador para anular esta eleccion del patriarca de Alejandría. Sin cuidarse de conciliar su conducta pasada con sus nuevos resentimientos, se le vió solicitar de Zenon el restablecimiento del intruso Pedro Monge, á cuyo destierro habia contribuido tanto. Logró persuadir al emperador que las dos facciones, católica y eutiquiana, continuarían en turbar la paz de Alejandría, mientras no se eligiese un patriarca igualmente querido de ambos bandos. «Pedro Monge, decia, llenará cumplidamente este objeto. Los Eutiquianos le son afectos personalmente: y los

» católicos no pueden tener justo motivo de desconfianza contra
 » él, así que haya abjurado solemnemente la herejía. » Pedro
 Monge, advertido secretamente por Acacio de esta intriga, la
 hizo apoyar en la corte por medio de sus amigos : se compro-
 metió á verificar la reunion de ambas facciones ; y Zenon,
 engañado con tanta habilidad, cedió á la natural debilidad de
 su carácter. Escribió, pues, al papa una carta en que decla-
 raba indigno del obispado á Juan Talaya, y pedia como medio
 de pacificacion el restablecimiento de Pedro Monge en la silla
 de Alejandria. Simplicio no respondió directamente á esta
 comunicacion del emperador, sino que en 15 de julio de 482
 escribió una carta á Acacio manifestándole su cruel sorpresa
 y afliccion de que no habia recibido de él mismo carta ni aviso
 alguno de lo que le hacia saber el emperador Zenon ; y añade :
 « Las recientes actas de un concilio del Egipto, numeroso y
 » muy afecto á la fe católica, que segun costumbre se nos han
 » dirigido, nos han participado á la vez la muerte de nuestro
 » hermano (de santa memoria) el obispo Timoteo, y la elec-
 » cion que se ha hecho canónicamente de Juan para sucederle
 » segun voto unánime de los fieles. Habiéndosele creído pro-
 » visto de todas las cualidades que pide el episcopado, parecia
 » que solo restaba dar gracias á Dios, regocijarnos de que se
 » hubiese en fin encontrado un obispo católico para suceder
 » sin perturbacion alguna al prelado difunto, y dar á su auto-
 » ridad la *solidez deseada*, en virtud del consentimiento de la
 » Sede apostólica. Sin embargo, acabo de recibir del empe-
 » rador cartas que representan á Juan Talaya como indigno
 » de tan altas funciones. Hemos suspendido pues la sentencia
 » de confirmacion, por temor de que se nos atribuya obrar
 » con ligereza á vista de testimonio tan imponente. » Estas pa-
 labras son notables, porque prueban el derecho de los papas
 acerca de la confirmacion de los obispos. 1°. Hay un concilio,
 y concilio numeroso, que pide al papa la confirmacion de un
 obispo elegido canónicamente y sin oposicion. 2°. Aunque
 hubiese sido ya consagrado Juan despues de su eleccion, sin
 embargo para que su autoridad sea plena é incontrastable,

tiene necesidad de estar *robustecida* por el consentimiento de
 la Sede apostólica. — San Simplicio, en esta epístola á Acacio,
 se pronuncia francamente contra el restablecimiento de Pedro
 Monge en la silla patriarcal de Alejandria. « La promesa que
 » ha hecho (dice el papa) de profesar en adelante la ver-
 » dadera fe solo puede servir, cuando mas, á volverlo á re-
 » cibir en la comunión de la Iglesia, mas no á elevarlo á la
 » dignidad del episcopado. » Poco despues escribió el papa
 otra carta, en el mismo sentido, al emperador. Parecia ir en
 aumento la energía y ardor en sostener los intereses de la fe
 y doctrina verdadera en el alma de san Simplicio, á medida
 que debilitaban su cuerpo los achaques de una larga y penosa
 enfermedad. Renovó sus instancias al patriarca Acacio, mas
 sus cartas quedaron sin respuesta.

9. Acacio, prelado cortesano, carácter insinuante, orgu-
 lloso, tan tenaz en sus resentimientos como elástico y voluble
 en sus afecciones, ingenio sin solidez, alma blanda y sin con-
 sistencia, era ya uno de aquellos Griegos degenerados que te-
 nian que estar al pié del trono para hacerle caer con sus tene-
 brosas y sordas intrigas. No hizo caso alguno de las amorosas
 y halagüeñas amonestaciones del papa, persistió en empujar
 al emperador para que prosiguiera en su sistema de concilia-
 ciones, y consiguió empeñarlo en un acto que tuvo las mas
 deplorables consecuencias. Como todos los príncipes débiles,
 Zenon se dejaba dirigir fácilmente por aquellos que le lison-
 jeaban en sus inclinaciones ó deseos secretos. Se adormecia
 en la esperanza de poner fin á las querellas religiosas ; y en
 tanto que no podia llegar á poner paz en su misma corte, se
 creia llamado á apaciguar con una sola palabra discusiones
 que de ningun modo entendia ni podia conocer. El famoso
 edicto, conocido bajo el nombre de *Henótico*, Ἠνότικον (fórmula
 de union), fué publicado con este intento. « Se nos pide por
 » todas partes, dice Zenon en este edicto, procuremos la reu-
 » nion de las iglesias y hagamos cesar los funestos efectos de
 » su division ; porque innumerable muchedumbre de personas
 » se hallan privadas por esa causa de los beneficios del bau-